

MUJERES

ANTONIO ARCO

MARIA DE CORRAL

«Me gustaría haber aprendido a desconfiar»

Necesita silencio para vivir, arte para pensar y sangre en las venas por imposición. No se difumina, desaparece a secas, pero no deja de concebir proyectos, su cerebro no descansa. Aparenta la frialdad del hielo y se refugia en ella para compartir su afecto con quien le da la gana, reparte la ironía con sus amigos y se deja inquietar, incluso vapulear, por la inteligencia. No teme a los misterios, pero sí a los necios. Le gusta discutir lanzando argumentos, pero rehuye el insulto y la zafiedad, no sólo porque es una persona exquisitamente educada, sino porque es cabal. Ama a Piero della Francesca y Faulkner y dirigió el Centro de Arte Reina Sofía.

burocráticos, que se hagan las cosas para alimentar las apariencias externas.

—Pero vivimos en una sociedad de escaparte, de apariencias...

—Con el añadido de que las energías se pierden en intereses irrelevantes. Pocas veces hay un objetivo final realmente importante.

—¿Su vida si tiene un objetivo final?

—...realmente no. Mi objetivo es vivir, y mientras que viva hacerlo de la manera más activa posible. No me ha preocupado nunca la muerte, aunque sé que eso es muy fácil decirlo. Aún no he conocido a nadie resignado cuando ha llegado ese momento, pero en mí la muerte no ha sido nunca ni un pensamiento ni una obsesión. Sé que es algo que va a llegar, y me da igual que lo haga mañana o dentro de veinte años. Lo que sí me ha preocupado siempre, quizá por educación, ha sido vivir la vida, hacer lo máximo que puedas con aquello que tú tienes o que se te ha dado. Nunca he tenido la sensación de que la inmensa suerte que he tenido en mi vida—mi familia, la educación que he recibido...— sea merecida. Tengo un deber por todo ello: llegar al máximo de mis posibilidades.

—¿Dónde busca la paz cuando la necesita?

—Muchísimas veces, en los museos. En el arte, en los museos, y si no en casa. Pocas veces se me ocurre acudir a la naturaleza, aunque me gusta mucho. El mar es quizá lo que echo más de menos cuando estoy tiempo alejada de él.

—¿Qué le entusiasma a usted en la vida además del arte?

—(Risas). El amor, la amistad...y, de cosas así materiales, me encantan los trapesos, una buena comida con un buen vino, leer, el cine.

—Hablando de amor, ¿es María Corral fácil de enamorar?

—No, me he enamorado varias veces en mi vida, pero siempre esos amores me han durado. He cambiado de amor, pero no soy persona de historias de un rato. Mis historias han sido largas.

—¿Ha sabido encajar los golpes, el desamor?

—El desamor es algo que no se produce casi nunca de la noche a la mañana. A mí no se me ha presentado nunca de repente. Si estás despierto, y vives una relación sin-

Tiene fama de ser una mujer fría, incluso triste, bien es cierto que basada en la imagen que nos llega de usted...

—¿Sí? ...yo soy de naturaleza

optimista, aunque tengo altos y bajos...; altos y bajos en cuestión de diez minutos. La verdad es que hay momentos muy desoladores, pero en general siempre encuentro un motivo para que las cosas me vuelvan a parecer maravillosas. Los momentos bajos desaparecen rápidamente, por fortuna.

—¿Qué cosas le hacen sentirse mal? ¿Qué provoca esos momentos bajos a los que se refiere?

—Lo que más me deprime son las miserias: la maldad, la mediocridad de la gente, la falta de respeto por la capacidad intelectual, esa especie de obsesión por la destrucción más que por la construcción...; realmente es triste.

—¿Cómo recobra el optimismo?

—Bueno, pasan cosas inesperadas en tu vida, o te encuentras con alguien que te devuelve la esperanza, la confianza en las personas...; y, por supuesto, para mí el arte es fundamental: ver una exposición, visitar una galería, incluso aunque se trate de la obra de un mal artista. Siempre hay un lado positivo en la creación que me hace ver de otro modo.

—¿Puede imaginar su vida sin el arte?

—Realmente, no. Tengo una visión de lo que me rodea a través del arte. No he vuelto a ver en mi vida ni una tapia ni una calle igual que antes de conocer a Tàpies. Siempre he tenido una visión artística de todo. Me he criado en un museo, con mi padre, y me he acostumbrado a ver la vida a través de la mirada que los artistas proyectan sobre ella.

—¿Qué busca en primer lugar en el arte y qué le satisface más de su hallazgo?

—Busco fomentar la imaginación, la creatividad, la mente. El arte me



obliga a pensar, a plantearme constantemente cuestiones: desde mi postura frente a las cosas a mi posición filosófica o existencial en el mundo. Para mí el arte nunca es un colchón de comodidad, sino un motor siempre, aunque disfruto con la belleza y la busco.

—¿Le parece precisamente 'bello' el arte contemporáneo?

—Sí, encuentro belleza incluso en el arte tan duro que se hace ahora. Es duro de aceptar porque refleja nuestra situación, y aunque por un lado vivimos en el mejor momento de la Historia de la Humanidad, también es cierto que lo malo es más evidente y se habla más de ello. El arte siempre nos habla de la vida, y muchas veces eso no es agradable.

—¿Usted confía en sus semejantes?

—Desgraciadamente, sí.

—Nadie le obliga a tener que hacerlo.

—Es cierto. ¿Sabe?, a pesar de la edad todavía no he aprendido a desconfiar, y me gustaría mucho haberlo hecho (risas).

—¿Se ha llevado muchos palos?

—Muchos, sí.

—¿Siente por ellos (sus semejantes) un gran aprecio, una gran admiración?

—No, siento una gran admiración por gente concreta, y soy una gran amiga de mis amigos y una persona muy leal, pero tengo muy pocos amigos. Poseo las características del Norte: puedo parecer, como usted decía, distante, cuando no lo soy; puedo parecer una

«Estamos
envileciendo a la
gente de una forma
preocupante,
aplastante, terrible»

persona dura, cuando soy muy afectiva. Son corazas que una se pone, porque soy enormemente sensible y me afectan mucho las cosas. Al cabo de los años, voy con una coraza para que ya no todo me hiera ni me afecte. Eso de decir que quiero en general a la Humanidad me resulta muy difícil, sobre todo en este momento de contrastes en que junto al fuerte individualismo y a la barbarie, se dan todos esos movimientos de ayuda y de colaboración con otros mundos: de la pobreza, de la enfermedad, del dolor.

—¿Cómo se ve a sí misma?

—Es difícil responder... como una persona tímida y afectiva, con mucho tesón y con poca preocupación por lo inmediato. Me preocupa mucho que las cosas se hagan, que lleguen a hacerse. Lo inmediato no me atrae casi nunca, suelo tener visión de futuro.

—¿Y se acepta bien? ¿Se sobrelleva?

—Pues sí (risas), me acepto bastante bien, y me sobrellevo, ¡qué remedio! No he seguido un psicoanálisis ortodoxo, pero sí una psicoterapia durante bastantes años y, bueno, siempre hay tormentas provocadas porque uno vuelve a caer en errores ya cometidos.

—¿Le obsesiona algo especialmente?

—No sé si hay algo que me obsesione, me preocupa el cómo se malgastan las energías y el dinero, el cómo se podrían hacer cosas maravillosas con la mitad de dinero y no se hacen. Me enferman los aparatos

«Soy una persona muy leal, afectiva y gran amiga de mis amigos, pero tengo muy pocos»

cera, te vas dando cuenta de cómo va fallando por ambas partes. Obedece mucho a la evolución de las personas. Es difícil evolucionar en una misma línea, con los mismos objetivos, si es que es eso lo que quieres. A mí los palos más grandes me los han dado amigos, no parejas.

—En su caso, parece obvio que su pareja deba compartir con usted esa pasión por la cultura.

—Es que considero fundamental la cultura y su difusión sin manipulación. Creo que cuando uno tiene las primeras necesidades cubiertas, la cultura es un paso extraordinario en el desarrollo humano... Para mí, una de las cosas más terribles del momento que estamos viviendo es la televisión que tenemos, y lo que estamos dando a la gente en lugar de cultura. La estamos envileciendo de una forma aplastante, preocupante y terrible. Creo que a la generación actual nos tendrán que pedir algún día cuentas de esto que está pasando. Nunca ha habido tal grado de envilecimiento como el que existe ahora. Creo que todo eso se podría transformar en energía positiva, sería fantástico.

—¿Dónde pone la frontera a su capacidad de tolerancia?

—En la agresión personal. Que se deje de hablar y se pase al insulto y a la agresión personal me parece inadmisibles.

—Y hasta llegar a ese límite de la agresión admite que cada uno viva como quiera.

—Sí.

—Aproveche usted para romper con su aparente manto de frialdad, ¿qué le hace llorar?

—Muchísimas cosas. Puedo llorar muy fácilmente, créame.

—Créame usted a mí si le digo que le agradezco el esfuerzo que está haciendo, porque sé que odia las entrevistas.

—No he sido educada para hablar de mí misma, y me violento muchísimo haciéndolo. También me sucede en las actuaciones públicas, porque muchas veces te preguntan sobre cosas al margen de tu trabajo. No soy para nada hipócrita, es una incapacidad que tengo también por educación (más risas). Se me nota enseguida cuando estoy incómoda. Puedo ser educada pero no me derrito, porque tampoco creo que deba hacerlo. Me parece que no ser hipócrita es un comportamiento ético en la vida.

—¿No le preocupa lo que puedan pensar de usted?

—No, a veces me ha preocupado, pero no por mí, sino por mis hijos. Ha habido momentos en los que veía el periódico y me decía, ¿qué van a pensar mis nietos cuando ve-



María de Corral.

ENRIQUE MARTÍNEZ BUESS

an la imagen de monstruo que dan de su abuela? Se han dicho cosas terribles sobre mí.

—¿Por qué cree que algunos criticaron con tanta saña su gestión al frente del Museo Reina Sofía?

—Bueno, yo he sido siempre una persona profesional, independiente y mujer, y eso, en un puesto que no debería de ser político, pero que lo era, es inadmisibles. Nunca acepté componendas artísticas, siempre me negué y compré y expuse lo que creí que era mejor para el público, especialmente para la gente

joven, porque yo siempre supe cuando llegué al *Reina Sofía* que a mi generación y a generaciones anteriores es inútil intentar ganarlas para el arte actual. Había que hablar a los jóvenes con el lenguaje de su tiempo, y a través del lenguaje de su tiempo enseñarles el arte del pasado. En un país donde había existido un desierto cultural durante tantos años era inútil empezar a enseñarles la Historia. Había que meterles en la actualidad, hacer exposiciones que realmente fuesen atractivas para ellos y, a través de eso, enseñarles el pasado. Seis

meses antes de mi destitución hicimos una encuesta y el 58% de los visitantes eran menores de 30 años. Ahora no creo que sea así. Yo estaba haciendo un trabajo para la generación de mis hijos y de mis nietos. Un importante crítico americano me dijo que estábamos haciendo un museo del siglo XXI.

—¿Está resentida por su destitución?

—Me pareció injusta entonces y sigo pensando igual, pero no miro al pasado. Tengo muchas cosas a las que dedicar mi tiempo como para perderlo en mezquindades.

Firmeza y tesón

Ese aspecto acorazado que la aleja del mundo, al que ayudan sus facciones duras y su apabullante imposibilidad para adaptarse a la práctica imperante de resultar simpática, interesante y atractiva a toda costa, tiene para María de Corral un lado positivo: favorece la discreción con que transcurre su existencia. Incluso en su etapa de mayor relevancia pública, durante los años que dirigió el Museo Nacional *Reina Sofía*, hasta que la ex ministra Carmen Alborch creyó conveniente prescindir de sus servicios, redujo su contacto con la prensa a la mínima e imprescindible expresión, más atenta a desarrollar un trabajo eficaz que a labrarse una imagen de persona válida y necesaria.

Respetada en el mundo del arte —nacional e internacional— incluso por quienes cuestionan sus criterios, ademanes y decisiones, María de Corral acumula grandes pasiones y odios ajenos en el listín telefónico del mundo artístico. Pero no le preocupa. Un tesón de hierro, una conciencia clara de estar dotada para desarrollar una tarea que tienda a la ejemplaridad, y una trabajada mirada inteligente sobre el mundo le sirven de consuelo cuando se siente rodeada por la mezquindad o en mitad de un fuego cruzado de intereses bastardos.

Actual directora de la Colección de Arte Contemporáneo de la Fundación *La Caixa*, siente debilidad por los museos, antipatía por los medradores y asco por los que se creen ante los débiles. Su mente vuela a gran velocidad, su nervio la condena a no dejar de trabajar por y para el futuro y su contacto con el arte la mantiene a salvo de la vulgaridad.

A lo largo de su vida le han acompañado dos obsesiones: la de sentirse útil y despierta para tomar el pulso a la realidad, y la de transmitir entusiasmo a la gente con que ha formado equipo. Ella, con el arte, goza «intelectual y físicamente».

Entusiasta acérrima de Piero della Francesca, Velázquez, Tápies..., propugna establecer un diálogo con el arte para sacar mayor jugo a la existencia. Diálogo y enfrentamiento: «Cuando voy a ver arte actual, que hay muchas veces que me provoca irritación o no me gusta nada, siempre me cuestiono por qué. Muchas veces tengo ese rechazo porque está atacándome a mí personalmente. El arte contemporáneo es una forma de cuestionarte y te ayuda a ser una persona más abierta».

Huye de la comodidad mental, pasa del universo imponente de *Las Meninas* a las *bofetadas* artísticas de Bruce Nauman, por ejemplo, y no es una artista frustrada. No dibuja ni monigotes. Algún día, confía en ello, se decidirá a escribir.